Canto a las montañas

La fragancia eterna

1- Y la otra cosa es que, mientras tú ibas andando por la senda del cerro de la ladera con la visión del cortijo sobre la lomilla y un poco a tus pies, a pesar del verde de esta ladera por la vegetación y la abundancia de pinos, el suelo, la tierra que pisabas, no se parecía a ninguna de las tierras que hasta hoy conoces. Por una extraña sensación real o sólo sentida, tus ojos captaban una tierra llena de brillo parecido a ese que refleja el charol cuando lo tocas. Y no era esto lo más llamativo sino que sobre esta tierra tan llena de esa extraña belleza ibas descubriendo huellas de pisadas humanas.
- ¿Qué son?
Preguntaste al padre del joven que en estos momentos te acompañaba y en tu interior sabías que él era el más profundo conocedor de cuanto late y respira en estos montes.
- Las he visto muchas veces yo. Ellas son las huellas de aquellas personas atravesando los cerros de estas sierras y que se han quedado aquí para que no se nos olvide que todo esto tuvo su historia.
- Una historia, por lo que se ve, llena de vida y por ser de gente humilde y sin estudios no quedó escrita en ningún libro y estas huellas serían precisamente eso: los libros no escritos pero llenos de mensajes imperecederos para que sepamos de ellos.
- Exactamente, eso son estas huellas que, además, encierran otro pequeño gran misterio.
- ¿Cuál es?
- Que son invisibles para mucha gente. Sólo pueden verlas y gustarlas algunos y más que desde los ojos de la cara, desde dentro.
- Algo así como dice el libro del Principio que sólo se ve bien con el corazón.
- Algo así y parece que este es el principal atractivo de estas huellas que se extienden por toda la sierra y todos los rincones, arroyos, laderas y valles de estos montes.
- Pues todo, un fabuloso tesoro que anda perdido, ignorado y desconocido para casi todo el mundo. Tienes que tener cuidado porque si de esto se enteran algunos, ya verás lo que harán de estas laderas y arroyos.
- Y sobre todo si se enteran algunos de esos que se pasan la vida diciendo que el mundo, la tierra y todo el planeta e incluso la creación entera, ha sido puesta aquí para que el hombre la domine, la transforme y haga de ella lo que le apetezca.
- Exactamente eso es lo que pienso.

En fin, esto es lo que tú viste aquella noche en tu sueño y ahora que andas por aquí te dices que en realidad entre aquello y esto sí hay algún parecido. Aunque el cortijillo es sólo unas cuantas paredes de piedra color chocolate ya bastante caídas, comidas por la vegetación y sin señales ninguna de vida humana. ¿Quién vivió aquí y en qué época? Interrogantes que se te amontonan en el río de todas esas experiencias que tienes de estas sierras quizá para quedar ahí eternamente arrinconadas y sin respuesta. El silencio y la soledad de estos montes hacen todo lo demás.

Pero ellos, desde tiempos lejanos, se refugiaron en el rincón y en noble amor por la tierra, la llenaron del sudor de sus frentes y de la vida que les corría por el corazón callado y como la tierra los amó, cada mes y cada año, ella les dio su fruto en forma de trigales verdes y de habas frescas que relucían al sol de la mañana y de fuentes claras y unos días más tarde, en forma de trigo dorado que se convertía en harina blanca y en pan candeal que de nuevo daba la vida y devolvía al corazón, el calor y amor que del corazón había salido.

Y a ellos, un día los echaron aquellos segundos que llegaron y luego los fueron acorralando las propias aguas de este pantano y los que después hemos llegado y ellos, siempre vivos y abrazados al tiempo que nunca los olvidó y ahora, aquella tierra que fue sangre porque fue hermana en la propia sangre y en el beso de amistad al brotar las primaveras cada año, los sigue llamando y esperando porque los quiere y en la soledad y la tarde, está contenida, soñando.

Y la tierra, porque fue hermana del alma del que fue hermano con ella, sigue esperando que un día vuelvan al rincón y a la luz que por derecho les pertenece y por eso, mientras ando callado y oigo la voz de los que fueron primero y desde el amor que nunca pudre el tiempo, percibo y gusto la forma de aquel beso que está eterno brotando de la tierra y con su melodía diciendo: “Ellos se fueron pero su esencia quedó en el rincón y aunque pasen mil siglos y tanto cambie todo de nuevo, el rincón les pertenece porque lo amaron desde lo más limpio y duro y por eso espera que vuelvan, quizá con el perfume de cualquiera de estas muchas primaveras o con el sol que va de la mano del viento o con el verde de la hierba, porque ellos, amaron tanto a la tierra que además de hacerse sudor con ella, también se hicieron sueño y trigales frescos que da la vida y con el inmenso azul del cielo, la fuerza que transmite un perfume de olor eterno”.

2- Es por la mañana y aunque la tierra de la ladera y la sombra de las encinas que se derrama en ella, es la misma del día anterior y la de hace cien primaveras, por ella hoy duermen los caminos que llevan al centro de la emoción que sabe a tristeza y por ella, baja el pastor detrás de sus blancas ovejas que corren buscando las

bellotas y como la tierra hoy sí tiene sabor a hiel y a esencia, él habla y les dice, a las tres que por su lado se quedan:
- Vosotras comeros estas bellotas que voy cortando de las ramas y pongo sobre la tierra que ya veréis como os saben a gloria y os alimentan.

Y mientras desciende por la pendiente que precede al Valle, de las ramas viejas y de las bajeras de las encinas, arranca las bellotas y a puñados, las va soltando en el pasto y entre la hierba que ya comienza a brotar y las ovejas se las comen mientras las otras ya se han perdido por entre las sombras densas de las tierras llanas que es hacia donde vienen bajando porque es por ahí por donde está el calor del corazón y como ahora él siente el cansancio, la confusión y la tristeza, otra vez habla con ellas y les dice, mientras se comen su bellotas:
- Cuando ya por fin sea viejo ¿quién se acordará de mí y quién me dará una mano para que me apoye, al bajar por esta ladera y quién me dará el cariño que necesito y en el rincón tranquilo de mi casa pobre y quién se encargará de prestar su cuidado a los tomates de mi huerto y a vosotras mi ovejas?

Y como en la mañana clara, el mundo entero parece confluir hacia el centro del Valle que es por donde se celebra la fiesta, sigue descendiendo los caminos que vienen desde todos los extremos y al llegar a la curva del arroyo, se tropieza con la abuela que también camina encorvada y mientras da sus pasos torpes y reza, viene pronunciando el dolor que dentro le quema:
- Al encuentro de la última fiesta en este Valle pero es necesario para que, aunque ya seamos extraños en la propia tierra, nos quedemos abrazados y envueltos en la fragancia eterna.

Y el Valle, como callado y rebosando casi de la misma angustia que en sus corazones ellos llevan y los caminos fluyendo por donde manan las fuentes y todo, como en su espera y como es por la mañana, unos a otros se dicen que todavía hoy tienen tiempo de juntarse y rezar y charlar y contarse las cosas que en sus almas les inquieta aunque todo esté tan claro que fluya como un río inmenso pero no de aguas limpias, sino de amarga tristeza.

3- Vino un tiempo esplendoroso y al explotar la primavera, la Vega se cubrió de hierba fina y los cerezos de los huertos, se llenaron de flores blancas, en cantidad tanta, que parecían una nevada intensa y las perdices, por las laderas, a todas horas desgranaban sus cantos y como el buen tiempo se prolongó y las lluvias llegaron tarde, la tierra se empezó a secar mientras las zarzas por los cibantos, echaban sus hojas nuevas.

Y una tarde de aquella primavera adelantada y toda esplendorosa aunque algo seca, se cubrió el cielo de nubes y al caer la noche, la lluvia fina regó la tierra y con las temperaturas cálidas de la noche negra, salieron los caracoles y de luces de teas encendidas se llenó toda la Vega y al salir el sol, al otro día por la mañana, sí era de verdad un ensueño ver tantas flores abiertas e impregnadas de gotitas transparentes y oliendo, todo el campo, a dulcísima esencia.

Y el joven, el que recorría la Vega soñando y esperaba a la otra primavera y tenía el corazón herido y temblaba de tanto miedo, se sentó bajo la encina a contemplar el momento mágico y a ver de qué manera encontraba un camino que le llevara al corazón del amor que le quemaba por dentro y otra vez, no encontró consuelo sino incertidumbre y mil destrozos en todo cuanto amaba con fuerza.

Y estando en esta angustia florecida de tan dulce primavera por la tierra que tanto ama, se dice que quizá una manera de encontrar algo de consuelo, sea concentrarse en los ojos y desde ahí, por las venas que llevan al alma, relajarse y lo mismo hacer con el aliento que por la nariz se le cuela y también con la garganta y luego con el corazón, que es donde está la fuente de los sueños y así de este modo, dejarse dormir sin dolor, en el fluir de la primavera "porque quizá sea este el camino que me hace esencia con las cosas y las fuentes que brotan en mi Vega", se dice.

Y aquella mañana, la primavera dulce, estaba llenando la tierra y él sentado bajo la encina con su dolor doliendo y con su sueño bello, intentando hacerse fragancia con el latido de su amada Vega.

4- Siguió pisando la arena blanca, acompañado del rumor del agua y el perfume de la primavera colgada desde las rocas y al mirar al frente, como era por la mañana, vio el sol brotando desde sus cumbres largas y vio sus chorros de luz, blancas y color naranja, caer por los barrancos de las nieblas finas y la espesura de las zarzas y vio luego arder de luz pura la superficie de los charcos y el musgo trabado en las piedras y por donde el río corta las rocas que bajan de las partes altas, vio como en manojos espesos, el sol se colaba e igual que en aquellos tiempos, encendía de oro y primavera fuego, el surco por donde sigue cruzando la corriente plata.

Y siguió avanzando despacio, ahora ya pisando el borde acristalado de los remansos blancos y jugando, como en aquellos días, con las pequeñas playas de arena blanca y al llegar al fresno recio, vio que el venero o la fuente clara que surgía con aquel denso caño, ya no estaba o sí estaba pero encerrada entre cemento y muchos tubos negros que por entre la hierba cruzaban y el rellano, con más cemento y las escaleras también fraguadas

con cemento y al pisar el rincón arropado por la sombra del viejo fresno, sintió que aunque la primavera seguía corriendo en forma de río y colgada en los culantrillos de las rocas de los lados, no era lo mismo porque sobraba el cemento y faltaban los juncos verdes que cubría al manantial y los berros que siempre crecían en el agua fresca que saltaba por la corriente clara.

Y siguió bajando y al dar la curva y meterse, con el río, en la garganta del misterio verde y los charcos blancos encajados entre las rocas y la arena del lecho de las aguas, vio que por la derecha y, rompiendo las arrugas de la cara de las piedras, iba tallada la senda y luego encajada en el estrecho y después con barandas de hierro y más escalones de cemento y al llegar al charco de sus sueños, donde con el hermano y la hermana niña y la primavera bella y los puros rayos de sol del verano, se había bañado tantas veces entre aquel juego celeste de rosas inmaculadas, vio que casi nada era blanco a pesar del río corriendo y la primavera colgando por las laderas, en las rocas y a los lado de las aguas.

Y siguió, todavía un poco más, bajando y al ver la carretera de alquitrán negro y tallada por donde estuvieran las madroñeras y los nidos de las águilas, ya no quiso avanzar más y se quedó mirando al hermano sol que redondo asomaba por las cumbres y como en aquellos días, al campo venía bañando de frente y al agua del río blanco y a las hojas de los álamos y a la primavera entera que estaba por doquier brotando y a él que allí, quieto y en silencio, observaba al valle amado, tan dulce y todo teñido de luz naranja y aunque era el mismo de siempre, le parecía tan otro y raro, dentro de su corazón, que hasta en llanto se le transformaba porque más que nadie, él sabía y estaba viendo que se lo habían robado a la fuerza y a traición y de espaldas al brillo mágico de la singular mañana.

5- La primavera ha ido llenando los campos y como a lo largo del invierno que ha pasado, las lluvias sí han sido abundantes, la hierba por la tierra y las fuentes en las laderas, han brotado con la fuerza de lo nuevo y ya con la primavera bien avanzada, todo queda y aparece, grandemente colmado.

Pero como en estos dos últimos meses, las lluvias han brillando por su ausencia, aunque la primavera, hoy ya final de marzo, ha ido apareciendo con el vigor de lo limpio y fresco, la verde hierba, poco a poco se fue secando igual que le ha pasado a las sementeras de los trigos y de las habas y a los maizales y también la cebada y a los garbanzos y a las fuentes que manan por los cibancos y por los otros cortijos de la sierra y en las pequeñas aldeas y por eso ya las personas estaban diciendo: “Esto lleva mala pinta, porque nos pasará como el año pasado que antes de que acabe el mes de abril, la mitad de la hierba y las cosechas, se habrán secado”.

Pero como Tú que viste, con los colores de lo hermoso, a las violetas humildes y haces brotar las semillas y das de comer a los mil pajarillos que adornan los campos, hoy has hecho que las nubes cubran el cielo y esta noche, cuando todo estaba callado, la lluvia ha caído mansamente sobre la hierba fina y sobre el bosque espeso de las hojas que se mecen en los álamos y sobre toda la tierra hermana y ahora, esta mañana templada de treinta y nueve de marzo, los paisajes enteros, por llanuras, laderas y barrancos, están vestidos de perfume o de gloria bendita o de mil gotitas de rocío que tiemblan en las hebras de la hierba, llenando de una frescura nueva que anuncia y sigue anunciando, la cara dulce de la primavera y a la mañana hermosa con su momento mágico.

Y claro que en estos momentos me acuerdo de aquel lejano día cuando todavía padre era rey en esta Vega y era hermano de los cantos de los ruiseñores y hasta me parece que lo estoy viendo tumbado allá en aquella cama de nieve y era de madera seca y de monte viejo y a su lado, a madre que con su amor de reina, le está diciendo: “Con ese resfriado que en tu cuerpo tienes, tú no te levantas hoy ni sales de esta casa”. Y él que era valiente: “¿Pero y los campos?” “Los campos, que esperen y si el trigo está gritando en la tierra de la ladera, ya vendrá Dios y con su mano, derramará su amor, como lo hace con los pajarillos y con los lirios que también llenan los campos”.

Y recuerdo que aquel día por la ladera que ahora mismo voy atravesando, pastaba el rebaño de las cabras comiendo los tallos tiernos del romero y llenando de música, los cencerros, la umbría florecida y la espesura del barranco, cuando a media mañana se acercó a ellas el amigo muchacho que era el que siempre las cuidaba y en cuanto estuvo a su lado, las llamó y aquello fue como un asombro de belleza porque los animales, al oírlo y verlo allí en el centro, transmitiendo el mensaje de cariño que salía de su corazón enamorado, dejaron de comer su monte y al instante, se pusieron a mirarlo y con las orejas inclinadas hacia las palabras que pronunciaba el muchacho, parecían decirle que allí estaban ellas, a su lado y dispuestas a seguirle a donde él quisiera porque ellas le amaban y lo sentían como al amigo, al rey y al buen hermano.

Y ya digo que bien recuerdo aquel día de aquella primavera perfumada por aquel valle tan repleto de esencias y fuentes brotando y hoy, cuando ahora bajo la lluvia nueva que llega como agua en el mes de mayo, vengo empapando mi alma de aquella fragancia, me digo que todo parece como si todavía por aquí nada hubiera muerto sino que las cosas y las sementeras con el sudor de ellos, parecen como si sólo se hubieran transformado y lo que tenía el sello de lo inmortal, que era mucho, por aquí sigue, conmigo y entre el cuidado de tu amor divino, hoy y mañana y siempre, palpitando.

6- Al rodal de tierra que se traba en la ladera y mira al barranco y por encima de las rocas grandes, como que se aplasta silencioso besado por el sol de la tarde y regado por el chorro de agua que todavía le llega del arroyuelo, ahora se lo comen los pinos espesos y bajo ellos, los jaguarzos, las retamas, las cornicabras y las zarzas y el puro silencio.

Pero como por el rodal de tierra late la vida y entre el polvo que ahora sólo da hierba silvestre, permanecen las huellas de aquellos y de ella cuando regaban sus tomates y cortaban sus pimientos en las tardes que aunque se comió el tiempo, siguen aplastadas en la soledad y luz que muda la besa, ayer por la tarde al pasar y de nuevo verlos y sentirlos, me paré con el deseo de quedarme y beber un sorbo del latir inmenso que por el rincón humilde todavía sigue latiendo.

Y por el rodal de tierra, el insignificante y pobre sobre la ladera que mira al Valle, me pareció ver, con los ojos del corazón, la figura de la abuela acompañando al nieto y derramando el sudor de su frente sobre el áspero suelo y ella, entre tarea y tarea, pronunciando sus palabras con acento a inmenso:
- Tú, hijo mío, pídele siempre a la tierra y a los hermanos, desde lo limpio que llevas en tu corazón y lo noble que ella tiene dentro.
Y el nieto:
- Algo de lo que deseas decirme, sí entiendo pero como dice padre ¿si otros vienen y se hacen dueños y manchan e ignoran a la tierra diciendo que son otros tiempos?
Y la abuela:
- ¡Ay hijo mío! Dura será la lucha y ella y tú y yo y los que vengan después, seguro sucumbiremos pero si a la tierra la prostituimos y nuestra identidad y rumbo vamos perdiendo ¿qué seremos nosotros bajo este sol que nos alumbra sin señas propias y sin centro y sin el amor purísimo que los manantiales de estas tierras nuestras, nos van transmitiendo?

Y en el rodal de tierra que riega o regaba el agua que limpia saltaba por el arroyuelo, sigue en su faena la abuela y el nieto y como hoy han pasado ya tantos años, desde el silencio de esta tarde incierta, miro las huellas de ellos y de estos y en mi dolor y en mi secreto, me digo, desde lo más adentro:
- ¡Ay abuela! Si tú levantaras la cabeza y vieras ¿qué dirías de estos nuevos tiempos?
Y la abuela, desde su rodal de tierra en la región de lo eterno:
- No hace falta que me lo digas porque lo estoy viendo pero lo mismo que aquella tarde, te digo que la tierra y todo lo que por aquí fue nuestro y con herida tremenda, hoy se desangra y se muere, que al final, lo cierto no es ni esta realidad ni aquella sino el latido que fuimos los humildes y con la tierra y en nuestro perfume, aquí sigue inmaculado y en su centro.
Y entonces quiero decirle:
- Pero abuela ¿tú estás viendo lo que yo veo?

7- A ella se le ve subir por los caminos que surcan la tierra y al poco, se le ve entrar al cortijo que arropan los pinos y como ella, hoy al igual tantos días, sí trae su tragedia propia en el alma que le hace bella, también hoy como tantos días, se olvida de su dolor y en cuanto llega a la casa se interesa por le hermana aquella y luego por los pequeños de la otra hermana y por el muchacho y después, por las cosas de la cosecha y por el dolor del padre amado y por la salud de la reina abuela.
- Pues aquí vamos tirando, que no es poco y amontonando cada día un grano de arena en la ilusión que traemos entre manos pero tú ¿cómo es que siempre estás en las penas de los otros y las tuyas, como si no existieran?
Y la hermosa hermana:
- Las tengo y las llevo por dentro pero sabes que desde pequeña me enseñaron a bordar sencillas letras que forman palabras hermosas porque al fin y al cabo, si bordar la vida es nuestra obligación, hacerlo correcto y con amor ¿qué trabajo cuesta?

Y durante un rato más, se le ve dentro del cortijo rodeada de las personas buenas que le expresan su cariño y le dicen que la quieren por ser ella tan alegre y hermosa, no hablando nunca de su dolor y sí pendiente de las otras penas y por eso esta mañana, como tantas otras por esta Vega, alrededor suyo y en el cortijo, todo parece una fiesta simplemente porque ahí entre ellos y bien cerca y a pesar de su hermosura, no se habla de otra cosa sino del dolor de los presentes menos del de ella.

- Esta hermana humilde que parece una princesa hay que ver cuánto entusiasmo contagia, sólo verla.
Dicen las personas del cortijo y a estas palabras contesta sincera:
- Todos y, en esta lucha con la tierra, estamos como escribiendo un libro y en ello se nos va el afán diario y la ilusión y los sueños y hasta la salud y las fuerzas pero ya sabes que lo importante es que al final, en ese libro, las letras contengan y expresen grandes mensajes porque ese es el único tesoro que, después de todo, queda.
- ¿Y quién nos leerá ese libro que tú dices, a diario vamos escribiendo, aunque no sepamos, a nuestro paso por la tierra?
- ¡Quién va a ser, mujer, sino el Dios supremo que es el dueño y el maestro y el Padre Bueno que nos quiere, cuida y besa!

Y al poco, a ella, se le ve caminando por los sencillos caminos que surcan la grandiosa Vega y dejando tras de sí, una aureola de perfume y, en los corazones de los amigos pobres, el entusiasmo y la luz que alumbra e indica el camino que atraviesa la vida y tierra y lleva a la región de lo eterno, que es donde el dolor de los humildes, son letras de oro y luz Purísima que exhala sagrada esencia.

8- A punto de caer la tarde, se asomó a la cumbre del picacho y echó una última mirada al valle y además del silencio y la soledad y los caminos rotos, vio que hoy ya no hacia falta barrer la chiquera ni la cuadra de los animales porque descubrió que por la tierra ni careaban los marranos ni las vacas ni las ovejas ni tampoco estaban verdes los huertos ni en las llanuras del querido valle seguían creciendo los cerezos ni los robles ni los pinos ni los perales y además de ésta, como desolación o desbandada a lo grande, vio y sintió en su corazón que en la puerta de la amada casa, ya no se amontonaban las ramas para la lumbre cuando llegaran los fríos del invierno ni tampoco, de las chimeneas de los otros cortijos, brotaba su chorro de humo como siempre y, desde tiempos lejanísimos, había sido en este valle.

Y como el corazón se le descuajó desde la visión del cerro mientras iba cayendo la tarde, quiso levantarse y bajar e irse por los caminos rotos, no sabía hacia qué lugar que pudiera un poco consolarle, cuando al mirar, ya sí por última vez, los vio subiendo por la vereda del centro siguiendo los pasos lentos del burro grande y subidas sobre el lomo la abuela y la niña y al lado y detrás, los hermanos, la madre y el padre y vio que al llegar a la fuente, detienen su marcha y se bajan y antes de beber del agua purísima que a miel todavía sabe, la niña extiende sus brazos y como si estuviera en el juego que manaba de la abundancia y la belleza de aquellas remotas tardes, mirando a la abuela le dice:
- Es que antes de irme del todo quiero beber el último sorbo de esta agua fresquita y quiero, la cara y las manos, lavarme para así conmigo llevarme el último beso de la esencia más fina que mana y, durante un rato más, por nuestro grandioso valle.

Y mientras ella bebe y medio juega en el cristalino chorro de agua que por la caudalosa fuente sale, la abuela la mira muda y en su silencio la mira la madre y el hermano dice que ya no se puede perder más tiempo porque el camino que sube por la tierra rozando las encinas grandes, es largo y más largo es el otro que lleva al infinito y arranca o muere por donde el empalme.

Y el que mira desde su picacho de siempre y está a punto de irse también porque ya muy avanzada viene la tarde, al echar su última mirada por las tierras dulces de su amado valle, descubre que con la sombra de la noche que avanza desde lo hondo, vienen subiendo las aguas desde el lado del río Grande y con las tinieblas de la noche que llega, juntas y al mismo tiempo, viene cubriendo las tierras y sepultando ya para siempre sus raíces y su corazón y las tumbas de los suyos y el vergel tan repletos de árboles y hasta la luz del propio sol porque ya es por la noche y todo se acurruca en su nido y el mundo entero ya no late.
- Hasta que Dios venga con su amor de padre y ordene que resuciten los muertos y que los cerezos florezcan y los ruiseñores, en sus rincones, otra vez canten. Se dice él para sí, llorando desde su picacho y como escondido mientras vienen subiendo las aguas y, con ellas, la triste tarde.

9- - ¿Y aquel otro día de la cañada verde?
- ¿Te refieres al de las nubes blancas y el cielo azul intenso?
- Al del chorrillo de agua cayendo al tornajo de las algas verdes.
- ¿Y qué le pasaba a ese día?
- ¿No viste tú la figura que se recortó sobre el horizonte seguida de un perro pastor?
- Vi yo esa figura y sé de quién era. Algo más abajo pastaban las ovejas al placer de la fina hierba y al cariño de los corderillos recién nacidos. Por allí mismo corría el arroyo de los avellanos y las nogueras ya se vestían con sus nuevas hojas. Bajó el pastor, siguiendo la senda de la loma áspera. Andaba cabizbajo pero con su frente alta y como ya caía la tarde el sol dorado lo teñía de una muy hermosa luz especial.

Visto desde la cañada y recortado en el horizonte azul ¿Verdad que parecía un sueño?
- Es lo que quería decirte. Más que sueño parecía un misterio que irradiaba mucha belleza. ¿A dónde iba?
- Ya te lo he dicho: bajaba desde las partes altas y buscaba a sus ovejas que pastaban por la cañada. Y era cierto: en la rotundidad de aquel solitario campo, la loma alargada y el azul del cielo de fondo, parecía mucho más de lo que en realidad era. Y su silencio, su preñado y triste silencio, aun lo revestía de más belleza y misterio.

10- En la mañana fría de este mes de enero y cuando la nieve cubre blanca la cresta de los cerros, me arde la llama de aquel dulce momento que se abrió y se hizo eternidad por las laderas que son romeros.

Venía la senda toda en su luz cayendo desde el cortijo del puntal dorado y por ella, la hermana, la madre y

la abuela, bajaban con su sueño y padre iba con sus ovejas hacia el lado de la cumbre que es guía del lucero y el hermano mediano también con su ilusión y su blanco perro, venía como jugando a un abrazo de cristal y viento y en este transparente y puro juego, llegó al borde del charco, cerca del copioso venero.

Y al instante se agacha y bebe y le dice a su perro:
- Acércate tú también y bebe que esta agua sabe a miel y a caramelo.
Y su perro bebe y mientras el hermano pequeño busca una piedra por el lado que besa el sol del crudo invierno y se sienta frente a las aguas que son espejo de Ti, de la eternidad y del azul del cielo y está él todo gozosamente pleno mirando a las aguas que chorrean limpias cuando ve que su perro bebe y no para y ve que por el ramal derecho, llega la hermana, la madre y la abuela y al instante le dan su beso.

Y como la princesa aquella, estaba rebosante de tu amor sano y de la presencia de lo que al corazón llena por dentro, la hermana pequeña dijo, sin querer y queriendo:
- Contigo, esta agua miel y con tu perro, me voy a quedar porque a tu lado ¡qué bien me siento!

Y cuando ya, de aquel cuadro tan sencillo pero de sinceridad bien lleno, ha pasado tanto tiempo, en esta mañana fría de este gris invierno, estoy aquí y sigo allí presente junto a las aguas del gran venero y al mirarlo desde la distancia y el calor que da el recuerdo, frente a la eternidad que me regalaste, me siento con mis brazos abiertos y recogiendo desde la mañana que brota por el cerro hasta lo más íntimo de mi corazón y abrazo emocionado a la hermana dulce, a la madre reina, a la abuela incienso, a las aguas miel y a los paisajes y a mi perro.

Y aquel día, ahora mismo, en mi pecho me arde en llamas que brotan del dulce momento donde Tú estabas y estás dando la vida para que, además de glorioso, sea eterno.

11- Amaneció el día frío y como en el humilde cortijo de abajo, las dos hermanas menores y el hermano mediano se morían de hambre y estaban solos con su tristeza, la madre me dijo:
- Acércate y les pides que se vengan y que esta mañana desayunen con nosotros, en la casa nuestra y al calor de la lumbre.

Y al instante salgo del cortijo, recorro la vereda y al llegar y ver a la hermana mayor, le digo:
- Que te vengas a nuestra casa y también tus hermanos porque madre ya ha puesto la mesa y quiere que hoy comáis con nosotros las migas y la leche que ya tiene preparadas.
Y la hermana mediana:
- ¿Pero mañana y pasado?
Y yo, animando:
- Lo que después venga, déjalo con su cuidado porque lo inmediato es que esta mañana tengáis un tazón de leche calentica y un rincón donde estar acurrucados.

Y la hermana, con la pequeña y el hermano, se vienen a la casa y mientras ya están frente a la lumbre comiendo lo que la madre les ha preparado, un poco juegan y otro poco lloran y otro poco esperan porque fuera, el campo está mojado y hoy falta la presencia del padre bueno que al cielo ha volado y por eso la madre reparte el alimento al tiempo que los besa y dice:
- Lo poco que nosotros tengamos, tú no te preocupes hija mía, que está en vuestras manos y si mañana tenemos que morirnos todos de hambre, nos morimos pero abrazados y al calor de esta lumbre y en el amor de los hermanos.

Y miro a la hermana mediana y luego a la pequeña y como con tanto entusiasmo comen pegadas a la madre, el alimento que hoy les regalan los amigos, el corazón se me llena de gozo a la vez que un poco de pena por el cuadro y la luz que brilla por las caras de ellas.

12- Por algún lugar de estas sierras, quizá no lejos de este rincón, ocurrió y fue así. La niña subía desde la fuente clara siguiendo la senda. El hermano bajaba por la senda hacia la fuente clara. Por las tierras de la cañada pastaban las ovejas y en la casa la madre, como la reina más reina de todas las reinas del mundo. Y la niña mientras subía por la senda venía cantando la siguiente canción:

El almez que conozco
ya tiene sus hojas
teñidas de oro,
por el suelo ruedan
llenas de otoño
y con el rocío de la noche
sobre sus hombros.

La tormenta llegó desde el lado del sol de la mañana. Sobre las altas cumbres el cielo se oscureció. Las nubes densas cubrieron las crestas y el barranco por donde el cortijo se llenó de penumbra. La niña subía desde la fuente clara y al encontrarse con el hermano se paró y le dijo:
- Me da miedo esa nube tan negra que por las cumbres se acerca.
Le contestó el hermano:
- Las tormentas son hermanas de estas sierras. Es bueno que derramen sus aguas aunque den tanto miedo que asusten a una niña como tú. Pero las tormentas son como el palpitar de las montañas.
Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando sobre la cumbre de la derecha se vio caer un río de fuego. Como una lengua fina y alargada que se clavó en la misma cresta de la cumbre. Enseguida estalló el trueno y la niña se refugió entre los brazos del hermano. Otra lengua de fuego se desgajó por el lado del sol de la tarde y el trueno se mezcló con el primero. La niña se apretó más contra el hermano y asustada dijo:
- Ya te he dicho que me da miedo esta nube tan negra.
Las ovejas seguían pastando por la cañada y la fuente manando su agua cerca de donde el almez con las hojas teñidas de oro.

13- En la tierra negra que deja al descubierto el arroyo pequeño, justo donde crece el fresno del tronco torcido, maduro y viejo, esta mañana se amontona la escarcha que, al pasar, ha dejado la fría noche del invierno.

Y ahí mismo, por la primera ladera, todavía chorrean las matas de las calabazas y cuelgan, hermosas y desteñidas por el tiempo, los frutos gordos como esperando un poco más a ver si el cielo y la niebla de esta noche oscura, los madura del todo y los deja por completo añejos.

Y claro que recuerdo cuando aquella mañana subí siguiendo los pasos de la niña hermana, buscando los últimos frutos del invierno y al llegar a las tablas de la tierra buena, padre nos saludó diciendo:
- Al amanecer de los días estos del invierno, en la solana que desde el río se alza y bajo las rocas del agujero, se ve una maravilla tan grande que aquello ¡qué misterio!

Y le decimos nosotros a padre que un día tendremos que ir a verlo porque hoy, de la tierra negra del embarrado huerto, tenemos que recoger las calabazas que todavía cuelgan por la torrentera donde crece el fresno.

14- Se le ve, al cerro, chorreando sus laderas, todas surcadas de sendas y por la parte más alta, se le ve redondo y repleto de llanuras pequeñas, por donde los peñascos y la hierba, se apiñan llenos de asombro.

Y ahí, donde parece acabar el infinito porque termina la cuesta y ya todo es la redondez del cerro, a él se le ve caminando tras su rebaño de ovejas que van y vienen y regresan del valle a las praderas de las cumbres, por donde la nieve se espesa.

- Pues cuando llegues con tus borregos, los separas y los dejas, por las llanuras anchas que extienden por la derecha.
Comenta el hermano amigo al pastor que remonta el cerro.
- Cuando llegue con mis borregos, me parecerá mentira y con esta lluvia fina que nos empapa calando hasta los huesos.

Y desde lejos y al otro lado del tiempo, si se mira atento, se le ve, al cerro, redondo en su parta más alta, algo más abajo, al pueblo y ya en lo hondo del todo, al valle en su silencio y por las sendas que remontan, se le ve al pastor luchando con sus ovejas.

15- Volvieron los cerezos a cubrirse de flores blancas y, el aire cálido de los meses largos, volvió a llenar de perfume las mañanas y al poco, las ramas de los cerezos, volvieron a cubrirse de hojas verdes y el viento al pasar, de nuevo llenó de aromas las Vegas y las cañadas.

Y no tardaron en volver otra vez las golondrinas negras que al revolotear se les ven manchadas y en las ramas de los cerezos y los almendros, se posaron ellas y con los días nuevos y en las alboradas, esparcieron sus trinos por el mar celeste de la primavera mágica y al poco, volvieron los ruiseñores a cantar por entre las zarzas.

Y cuando el sol de los primeros días del verano, brilló en lo más alto, una vez más volvieron los cerezos a llenar sus ramas de frutos color sangre y a teñir de vida y de esperanza, a las mañanas hermosas del verde Valle y cuando ya nadie lo esperaba, los niños serranos de los cortijos blancos, desparramados por las tierras llanas, volvieron a jugar sus juegos de gañanes, pastores y dulces hadas.

Y estaban ya los garbanzos de las tierras buenas, bien maduros en sus vainas, cuando oyeron el rumor del agua y al poco, medio asombrados, medio llorando y el resto deshechos en el alma, se fueron yendo de sus cortijos por las veredas que inertes callan y al volver la vista para atrás y observar, desde la distancia, vieron como sus cortijos, sus tierras, sus ovejas, sus cerezos y sus vacas, se quedaban sepultados para siempre bajo las azules aguas, del gran pantano de la Vega que por primera vez, grandioso se remansaba.

Y desde aquel amanecer y aquella inolvidable luz del alba, ya no volvieron a florecer los cerezos ni revolotearon más las golondrinas al posarse en sus ramas ni tampoco cantaron los ruiseñores junto a sus nidos entre las zarzas y los niños, callados y a coro, dijeron: "cuando la primavera vuelva a teñir de rojas cerezas nuestros juegos en las mañanas ¿por dónde encontraremos un rincón libre que tenga tantos cerezos cuajados de flores blancas?".

16- A la niña hermana, río azul por donde van las estrellas, se le ve en su juego justo por donde surca la senda tapizada de matas de enebro y corre el hilillo de agua que brota bajo la piedra.

Y como es invierno y la escarcha de la noche ha pintado de blanco la hierba, el padre de la niña dulce, ha encendido una lumbre justo pegado al camino y en el recodo de tierra.
- Para que te calientes tú en esta mañana gris que tanto frío de hierro clava en las tiernas carnes de tu cuerpo.
Le dice el padre.

Y como el hermano pequeño también está ahí tiritando, manchado de barro y de las aceitunas de los olivos que caen por la ladera, como si pidiera permiso, se acerca y donde la niña está en su juego y derritiendo su frío, se queda y reanima sus manos que tiemblan.

Y a la niña hermana, se le ve en la fría mañana, enredada en el misterio de la escarcha y el noble barro que ofrece la inerte tierra y la lumbre ardiendo mientras ellos, los aceituneros, ahí mismo recogiendo la cosecha mitad ilusión y mitad temblando frente al invierno que sonríe y deja el corazón helado junto al amor que calienta.

17- En el sueño yo vi como la mañana estaba clara, el viento sereno y el azul del cielo brillaba con una luz nunca vista en las cumbres de estas sierras. Y vi que varias nubes blancas cubrían parte del espacio del barranco hondo y desde las grandes laderas, espeso el monte, chorreaba.

Por el mismo centro seguía corriendo el río y por su orilla y desde el charco azul hasta el paso del tranco, como en aquellos tiempos, subía el camino pero hoy era mucho más ancho y bello.

Y por donde estuvo el tranco y ahora se alza el muro del pantano, se presentaba la gran escalinata de asientos de cristal y por ellos repartidos, estaban los serranos viejos, casi todos de manos arrugadas y caras negras y de nombres desconocidos pero de sonrisas claras como las mismas aguas que fluyen por las fuentes del río grande.

Y por abajo, desde el charco, subía el cortejo con la solemnidad del misterio que es eternidad y al frente, desde las escalinatas del tranco, la voz del que había sido anónimo y, en su corazón, bueno, dijo:
- Ha llegado el momento que tanto hemos soñado.
Y quise preguntar cuál era ese momento pero ante la visión del barranco y la escalinata de cristal, coronada por la misteriosa nube blanca, donde sigue abierto el tranco, guardé silencio y esperé fascinado por su sonrisa clara.

En la mañana fría de este mes de enero y cuando la nieve cubre blanca la cresta de los cerros, me arde la llama de aquel dulce momento que se abrió y se hizo eternidad por las laderas que son romeros.

Venía la senda toda en su luz cayendo desde el cortijo del puntal dorado y por ella, la hermana, la madre y la abuela, bajaban con su sueño y padre iba con sus ovejas hacia el lado de la cumbre que es guía del lucero y el hermano mediano también con su ilusión y su blanco perro, venía como jugando a un abrazo de cristal y viento y en este transparente y puro juego, llegó al borde del charco, cerca del copioso venero.

Y al instante se agacha y bebe y le dice a su perro:
- Acércate tú también y bebe que esta agua sabe a miel y a caramelo.
Y su perro bebe y mientras el hermano pequeño busca una piedra por el lado que besa el sol del crudo invierno y se sienta frente a las aguas que son espejo de Ti, de la eternidad y del azul del cielo y está él todo gozosamente pleno mirando a las aguas que chorrean limpias cuando ve que su perro bebe y no para y ve que por el ramal derecho, llega la hermana, la madre y la abuela y al instante le dan su beso.

Y como la princesa aquella, estaba rebosante de tu amor sano y de la presencia de lo que al corazón llena por dentro, la hermana pequeña dijo, sin querer y queriendo:
- Contigo, este agua miel y con tu perro, me voy a quedar porque a tu lado ¡qué bien me siento!

Y cuando ya, de aquel cuadro tan sencillo pero de sinceridad bien lleno, ha pasado tanto tiempo, en esta mañana fría de este gris invierno, estoy aquí y sigo allí presente junto a las aguas del gran venero y al mirarlo desde la distancia y el calor que da el recuerdo, frente a la eternidad que me regalaste, me siento con mis brazos abiertos y recogiendo desde la mañana que brota por el cerro hasta lo más íntimo de mi corazón y abrazo emocionado a la hermana dulce, a la madre reina, a la abuela incienso, a las aguas miel y a los paisajes y a mi perro.

Y aquel día, ahora mismo, en mi pecho me arde en llamas que brotan del dulce momento donde Tú estabas y estás dando la vida para que, además de glorioso, sea eterno.

En la tarde del domingo llego al rincón del río con mi soledad acuestas y mi dolor. Busco lo que con tanta urgencia necesito pero una vez más estoy solo frente a los paisajes, el camino, el azul del cielo y el mundo de los humanos que ahora tengo algo lejos de mí. Desde el mismo rincón donde todavía se encuentra la casa de la venta Paquete, bajo por el trozo de carril que lleva a las otras casas. Las que están más cerca del puente y del río. Por ahí iba la senda de aquellos tiempos y que ahora, en esta hermosa tarde de primavera y tan triste para mí, voy a recorrer en algunos metros. Vengo como el animal silvestre que ya no tiene fuerzas y siente que la muerte se lo está llevando y por eso busca un rincón apacible donde morir. En la hermosa tarde de la primavera esplendorosa vengo por aquí y me encuentro con el río, el verde de la vegetación, el puro viento que trae aromas de amapolas, los cantos de los ruiseñores y la tremenda soledad. Esta es una buena tarde para morir y, quizá sin que lo sepa, es esto lo que busco.

- Pues recorriendo, un poco a lo grande, los rincones por aquí, te digo que el puente de Rompecalzas también se llama puente de Patricio. El cortijo de la Grilla es el que se encuentra en el barranco Chillar, por debajo del cortijo Inés.
- ¿Y por aquí cerca?
- Esa pared de enfrente se llama la Lanchilla y el picón de la Lanchilla. Cueva dos puertas está ahí mismo. Ahí tenemos también poyato cortao, porque sólo tiene una entrada. Se metían a los animales desde arriba, por donde la Hoz y ahí se dejaban sin miedo a que pudieran irse porque el poyo ese no tiene más salida. Por eso se le llama poyato Cortao. Por debajo está la cueva del la Aljibe. Arriba queda el Pinguruto.
- ¿Y por este lado?
- Antes de meterse en los Estrechos eso es el cornicabral. De ahí para arriba es la umbría del Tranquillo.
- ¿Por dónde va el camino de la Raja?
- El que pasa por debajo de cueva rota. Sobre la segunda curca de elevación subiendo el camino de los estrechos, por la izquierda se aparta el camino de la Raja.

Bajo en silencio, rozo las paredes de la blanca casa donde ahora se vienen de recreo cuando llega el verano, tomo la vereda de aquellos tiempos, rozo los viejos árboles que son quejigos y ya estoy sobre el cemento del estrecho puente. El que daba paso para el molino de los estrechos de la Hoz y la vereda que por estos estrechos subía a un trozo del corazón de la sierra. El río esta tarde pasa esplendoroso. Le están soltando agua al pantano, sin sentido, y por eso baja lleno igual que aquellas tardes donde estuve con la vida. ¿Por qué le sueltan agua al pantano y tanta cuando hace sólo dos días llovió a cántaros? Todo el mes de abril y mayo ha estado lloviendo sin parar y por eso, bien que lo sé, las tierras están hartitas de aguas ¿Por qué le sueltan agua al pantano cuando todavía no hace falta para los riegos y ni siquiera ha llegado el verano? No se entienden muchas cosas en este mundo. Al menos yo, el raro entre los millones de hombres cuerdos no entiendo muchas cosas en este mundo. Y lo digo porque el pantano este año no tiene mucha agua. A menos de la mitad se encuentra. Y si luego el año que viene se presenta seco y sí hace falta el agua ¿adónde van a ir a por ella? Esto me pregunto y de nuevo me digo que esta es una tarde buena para morir por este rincón. ¿Qué hago yo ya sobre esta tierra?

Al terminar de cruzar el puente me vengo por lado derecho y sigo así el trazado de aquella vieja vereda. Enseguida se retira de la espesura por la orilla del río, entra por los olivos, se aproxima a las ruinas del molino y llega justo al cerezo que todavía tiene cerezas y muy gordas. Aquí me paro y durante y buen rato, no tengo prisa esta tarde porque aunque tengo que volver, por aquí nada me urge, me dedico a buscar las cerezas más coloradas. Según las arranco de sus ramas me las echo a la boca y me las como. Están ricas de verdad. Saben a fresco viento, a tierra ignorada y salvaje, a destierro de aquellos que en este molino también vivieron y a mucha ausencia aunque la tarde sea tan hermosa. Cuando ya no tengo más ganas, me lleno el bolsillo de la camisa, desciendo por su tronco, cargo con el macuto y sigo la ruta. Tan triste estoy que si ahora mismo tuviera que pronunciar alguna palabra creo que no me saldría. A pesar de las cerezas me amarga la saliva y la lengua parece como si no tuviera fuerzas o no quisiera moverse más.

Desde el molino, según empiezo a bajar para el arroyo de los estrechos de la Hoz y doy comienzo al recorrido que esta tarde quiero hacer, al frente se me presenta el peñón de la ermita de la Hoz. Se llama este

peñón picón de la Lanchilla y es donde está, por el lado de arriba, cueva Rota. La pared que tengo frente total y por debajo del peñón, es la Lanchilla. Ahí mismo este año ha criado una pareja de buitres. Desde la carretera, en la grieta de la roca, se ha visto el pollo de buitre quieto en su nido y esperando a que sus padres le trajeran comida y a que el tiempo le regalara plumas para lanzarse al viento. Esta tarde ya no está. Pero desde la carretera que sube para el pantano, se ha visto durante mucho tiempo.

Cruzo el surco del arroyo, lavo mis manos en el charco que hay justo al borde del carril y sigo. En sólo unos pasos, al mirar para mi izquierda que es por donde ahora me queda el río, al otro lado, se me presenta grandiosa la mágica cascada de los Caballeros. La que sólo tiene agua cuando llueve mucho. Y ahora que por primera vez la observo desde este punto me digo que probablemente no exista otro ángulo más perfecto para hacerle una foto que este donde ahora me encuentro. Lamento no haberme traído esta tarde la máquina de fotos. Porque aunque la cascada no tenga agua, sólo su presencia seca, con sus rocas y sus covachas, es grandiosa de verdad.

Este trozo de carril que voy recorriendo hacia el arroyo de María, por donde fui feliz cuando en mi corazón había inocencia, es un paseo delicioso y más en una tarde como la que regala esta primavera. Pero para una persona como yo y con tanta soledad a cuestas ¿qué riqueza puede añadir a la vida este paseo hermoso?
El río me corre por la izquierda y ya dije que bien lleno de agua. Por la derecha me queda la gran pared rocosa que cae desde la ermita de la Hoz, el carril avanza por entre olivos, atraviesa rodales de bosque donde las madroñeras, los durillos, las clemátides y las zarzas con muchas y hasta la hierba tapiza por los bordes. Lo que más asombran son las grandes y muchas nogueras que a lo largo del río crecen. Perpetúan la presencia de los que las sembraron en aquellos tiempos y ello no aporta ni una gota de alegría a mi torturado ánimo en esta tarde. Por entre las espesas ramas de estas nogueras, al otro lado del río, veo las casas que fueron venta. La de Saro, la de Paquete y la de la Pura. Las tres están recogidas en un puñado de tierra, muy cerca del río y la carretera actual y en su silencio aunque sean nuevas y su blancura brille en la tarde.

En cuanto avanzo algo más la vegetación ya son muchas zarzas tupidas, higueras silvestres que ya dejaron de dar higos porque nadie las cuida y por la ladera, entre las ricas de la Hoz y el río, olivos. Llego a un buen manantial de agua. Mana de la gran ladera que corona desde la Hoz. Me lo encuentro por mi derecha según avanzo. Nace un chorro como el grueso de un brazo y sale de debajo de una roca. ¡Qué limpia y como grita lo que tanto me consuela y ya no quisiera ver más por el dolor que también produce! Aquí me lo dejo también como tantos por los barrancos y laderas de estas sierras y a partir de ahora lo soñaré cada noche hasta que por fin me encuentre con él y ellos en la región que con tanta fuerza presiento y necesito. La Aljibe es como se llama este rincón y es nombre que lo serranos se lo pusieron con todo acierto. Cuando llueve mucho, desde los poyos de la Hoz, corren las aguas y por estas ricas chorrean en cascadas muy parecidas a la de los Caballeros, enfrente y al otro lado del río. Ahora no chorrea agua por estas riscas pero hermosamente decoradas están por la vegetación y las tobas que ahí se fueron formando.

Otro chorrillo más que brota por encima de la pista que recorro. Mana libre y durante algunos metros corre por el firme de este carril y luego se despeña para el río. Ahora el camino baja un poco. Hace mucho calor esta tarde de la gran soledad y los mil sueños rotos. Salgo a los olivos y con el carril me voy pegando cada vez más al río. Al mismo tiempo, el voladero que me va acompañando por la derecha, se retira de esta pista. Entre esa pared rocosa y el río la tierra se ha amontonado y en ella sembraron olivos. Grandes y frondosos me los encuentro esta tarde. Según voy comprobando en sólo quince minutos se hace este recorrido. Desde el puente que daba paso por los estrechos de la Hoz hasta el arroyo de María, se llega en quince minutos. Antes de encontrarse con este doloroso y hermosísimo arroyo los olivos desaparecen y otra vez montes. Zarzas, lentiscos, romeros, madroñeras y coscojas. La mejorana ya está muy crecida. Cómo Dios se entretiene en vestir a cada una de las florecillas del campo y en alimentar un por uno a los pajarillos.

Remonta el terreno sólo un poco y ahora, a todo el conjunto de los Agustines, la otra vieja fábrica con su puente y el río, se le ve desde aquí y con qué hermosura se presenta. Traza su curva, el carril que traigo y conozco bien, roza la torrentera por donde manaba la fuente donde bebimos tantas veces y se lavó sus blancas manos y se dirige al arroyo. Como si tuviera prisa encontrarse con él y zambullirse en la luz de sus aguas, la soledad de sus riberas, el rumor de sus cascadas y la sombra que eterna arropa acariciando. Se me conmueve el corazón y más, al ver las esbeltas figura de los álamos meciéndose al vienticico de la tarde primaveral. Entre otras muchas y hermosas cosas, la primavera le ha regalado a estos álamos un espesísimo traje de hojas frescas y verdes. Parecido al de aquellos días pero como mi alma ahora es más vieja y se encuentra más sola, yo creo que estos álamos, siendo los mismos, tienen otra majestad y misterio.

Sólo unos metros antes del pequeño puente de las barandas de hierro oxidadas, dejo al carril. Por el lado izquierdo se aparta el mismo trozo de senda de aquellos días.

18- ***Se llama así por varias cosas:*** *no es ni una llanura ni una nava, sino una sencilla llanura muy suavizada que se recoge entre dos cerrillos alargados y redondos y por la parte del centro es por donde van las aguas cuando llueve. Luego, cuando llega la primavera, como aquí hay unas praderas muy buenas, recogidas a un lado y otro por pequeños mechones de bosque, todo esto florece con el esplendor de un auténtico jardín.*

Pero es que, además, al final de la colina de la derecha, hay una roca, un monolito rocoso que es la joya del valle. En la misma colina, en el otro extremo, siguen las ruinas de aquel antiguo cortijo. Luego abajo, en lo que es ya el valle propiamente, tenemos dos maravillas más. Al comienzo del valle, en la parte alta, el huerto y al final, donde ya se cierra y el bosque se espesa, el chozo del pastor.

Subimos nosotros aquel día por el lado occidental y fuimos a salir justo a las ruinas del antiguo edificio. Nos paramos allí porque queríamos ver el monolito, más adelante entre las encinas y después queríamos bajar al valle. Por la cresta hoy estaba solitario pero por la zona del huerto y del chozo, bueno, entre el huerto y el chozo, pastaban las ovejas. Se les oía balar y el sonar de los cencerros. Se oía también el correr de la corriente, al pastor por allí entre las ovejas y a gente que subían por el otro lado. Desde la colina nos fuimos ladera adelante buscando salir al huerto y ocurrió que antes de llegar a este lugar oímos voces. Nos paramos para averiguar qué pasaba.

Al poco vimos como algunas personas corrían desde el huerto para arriba, buscando la espesura del bosque más allá de donde nacen los primeros manantiales que dan agua al pequeño arroyo del valle. Seguimos bajando y en cuanto nos encontramos al pastor le preguntamos qué pasaba.
- Los condenados que otra vez me han quitado un cordero.
Como no sabíamos quienes eran ni de qué iba lo del cordero nos tuvo que dar muchas más explicaciones.
- Son los que vienen por aquí. Se meten por todos sitios y en cuanto te descuidas te quitan cualquier cosa; la fruta de los árboles, las hortalizas, las setas de los campos, te espanta el ganada y si pueden, cargan con un cordero. Estás todo el año luchando para criar cuatro cosas a fin de tener para vivir, porque aquí en la sierra te falta de todo, y estos que vienen de la ciudad, donde le sobra hasta la contaminación, en una hora te quitan lo que tú has tardado un año en conseguir. Son unas rapiñas y no crees que es por necesidad, que si fuera así y me lo pidieran les daba todo lo que tengo sin cobrarles ni un duro a cambio, que es por el puro gozo de vivir una nueva experiencia.

Mientras nos explica las cosas que hacen y se llevan de estas sierras los vemos como suben por la senda que desde el huerto se adentra hacia el bosque para perderse allá abajo. A igual que no lo entiende el pastor tampoco lo entendemos nosotros y por eso nos quedamos allí, largo rato junto a él; envuelto en el misterio, la soledad y el perfume que mana del valle y extrañados en el alma que los de la civilización vengan por aquí con tan poco respeto a nada. Hay que tener poca cultura y ser nada civilizados para venir hasta estos valles, donde viven gente que de tan buena y sencilla ni se les nota que viven, no solo a robarles sus cosas sino a llenarlos de lo a ellos les asfixia en sus ciudades.

19- *Por ejemplo, cuando llega el otoño, en las sierras muchas cosas tienen nuevos tonos y matices. Caen las primeras lluvias y el bosque cambia de color que aunque sigue siendo verde, cuando las hojas se lavan, parecen otras. Se oyen los bramidos de los ciervos tanto en los barrancos como en las laderas y cañadas. Es el celo y los animales tienen sus instintos por eso de la perpetuidad de la especie y demás. Se ven las nieblas matinales llenando todos los barrancos hasta que viene el viento y se las va llevando por las laderas y luego por las cumbres. Se oyen y se ven todas estas cosas y aunque la sierra es la misma, en estos días parece otra. Como un país lleno de magia por donde los sueños revolotean libren y se estiran divididos entre los últimos calores del verano y los primeros fríos del invierno.*

Primero, al caer la tarde, el cielo se llena de nubes negras. Puede soplar el viento y arrastrar con rapidez, por encima de las cumbres, los jirones de estas nubes. O puede que no sople el viento sino que estando todo en calma, las nubes aparecen desde detrás de la cumbre y se remontan como si quisiera cubrir toda la sierra. A veces cruje un trueno y parece como si todos los barrancos se desplomaran a la vez pero no pasa nada. Es la característica propia del trueno de la sierra. Puede que luego ya no crujan más truenos ni brillen más relámpagos y en cuanto se hace de noche comienza a llover. Al principio con suavidad para ir poco a poco aumentando hasta llegar a una lluvia torrencial.

La casa, que es un pequeño cortijo construido justo sobre las rocas cerca del arroyo, queda perdida entre la densa niebla y la oscuridad de la noche. Pero como, además, llueve y de una forma espantosa, la casa ni se ve desde ningún sitio. ¿Cómo se va a ver si todo parece perdido entre una gran ola de agua? Pero como la casa se alza sobre la roca y ella misma es una roca, el agua de la lluvia chorrea a raudales. Como si fueran caños que se escapan de lagunas y locos bajas por las laderas buscando los arroyos y los valles. La casa, ya he dicho que no se puede ver en estos momentos pero si tú la vieras desde el lado este que es la parte más bonita, dirías que es algo mágico. Que no son imágenes reales sino que salen de un sueño, de una fantasía que existe sólo en películas o en sueños. Porque desde aquí, desde el lado este, siempre la coges desde lo alto; recostada sobre las adelfas del arroyo, aplastada por entre las rocas que suben hacia la pista y en primer plano. Como sino existiera nada más en todo el contorno que la pequeña casa que tienes antes tus ojos y las rocas que en forma de lastras sirven al mismo tiempo de acera y calle asfaltada con piedras naturales por y para los habitantes del lugar. Pero como además de oír, ves y hasta puedes tocar el manto de agua que por un lado y otro se desliza ladera abajo, frente a todo esto, aunque la noche sea de lluvia cerrada no creas, que casi te gusta quedarte aquí y gozar un fenómeno tan único y original como éste.

Parece irreal pero es una verdad profunda que hierve y late en toda la sierra cuando llega el otoño. Quizá no lo conozca mucha gente porque andar de noche por estos montes cuando caen lluvias tan torrenciales y por sitios como este donde se alza la casa, no es fácil ni tampoco apetece demasiado. Pero yo digo que son reales los manantiales y los arroyos que por estos cerros corren. Otra cosa es al día siguiente de esta noche de lluvia. Puede amanecer sin nubes en el cielo y entonces son las nieblas las que llenan los valles y barrancos. Los habitantes de la casa pueden asomarse a la puerta y quedarse aquí frente al campo mirando como aún todavía corre el agua por los regatos y dudando si deben o no abrir la puerta de la tinada para que el ganado salga a pastar. Aunque ya no llueva, todo está tan mojado, tan chorreando, que es mejor esperar a que el día avance un poco.

Así que es verdad: Cuando llega el otoño, la sierra con sus bosques, nubes y valles, tienen cosas nuevas. Tonos y matices cargados de belleza que en nada se parece a la de las otras épocas del año. Ni es fácil gozarlo todo en un sólo día ni tampoco se puede contar, aquí y ahora, con cuatro palabras.

20- Cae la tarde veintinueve y desde mi rincón oculto que es como una burbuja que me aísla del mundo y me une a la tierra que sufro y quiero, con la tarde que se va y la noche que llega, miro y veo otra vez la sierra entera cuajada de nubes y la niebla abierta llenando las cumbres y los barrancos con sus laderas y como es invierno, de nuevo llueve y mientras la noche lenta se me cuela y sin quererlo, ya me duele dentro, siento como si ahora y hoy una vez más llegara el fin del mundo, cosa que me gusta por este vacío y larga espera que, según cae la noche, tanto me quema.

Y se me agolpan, en la mente, tanto los recuerdos como la angustia que me surge de respirar este momento y, como tantas veces y tantos días y tantas horas en esta espera, para poder seguir viviendo y que no me duela la cabeza y no se me atormente el alma con la sangre quemándome las venas, cierro mis ojos y me relajo y dejo mi mente en blanco y me digo que como estoy en Ti y te espero, porque palpo que te quiero, mejor es no sentir nada y que mi mente se duerma y mi cuerpo se adapte a este frío con su soledad llena y, al rato, ya me veo en la otra realidad que me es ajena y que ni apetezco ni conozco ni deseo.

Porque en la ciudad de las calles largas y de almacenes llenos con gente que se amontona y compran carros enteros y comen y beben en la noche que pasa y el día que llega hasta quedar más que repletos y luego van por las aceras y se amontonan de nuevo y compran más cacharros y, de tanta prisa, ni se les ve ni dejan huellas mientras a su alrededor brillan las mil luces de colores y suenan los villancicos y, entre cristales y paja y serrín y estrellas de aluminio y ríos de cristal en trozos de espejos, tienen ovejas de barro y pastores de caramelo y pastoras que lavan en el río que ni es río ni es agua ni es invierno ¿qué hago yo, Dios mío y qué digo y qué quiero si a todo ello soy ajeno y ni me han consultado ni en su mundo yo me encuentro?

Y sigo mirando y veo la tierra que tengo pegada a mis carnes y en el mismo rincón donde están los huertos, a todos los serranos amontonados y, al frente, a los que ahora mandan, disponiendo y diciendo:
- Vosotros os vais por aquel cerro y seguís cortando pinos y aquí en el río, que se queden los de los agujeros y que cojan los azadones y a cavar la tierra y sembrar pinos nuevos y aquellos, que se vayan con los mulos y arrastren los troncos y estos que llegan ahora, que se vengan a las obras y que pongan los barrenos y los de ayer, con los sacos acuestas, a picar en la tierra para los caminos que queremos y para recoger el trabajo que se hace en el valle, que se queden tres y allí otra cuadrilla más y que a partir de hoy, ya no se pierda más tiempo ni que nadie pregunte cual es su tajo o si hace esto o aquello.

Y como la tierra me parece un hormiguero de serranos que ahora se concentran desde todos los puntos y rincones de la sierra, ni sé, Dios mío, lo que siento pero me pongo a trabajar porque soy uno de ellos y donde arrancan los mismo árboles que plantaron ayer, estoy cavando y haciendo mi agujero para sembrar mi pino, cuando al mirar veo que llega la hermana pequeña que es lucero en la mañana que tiene brillo eterno.
- Espera un segundo y mira al suelo.
Me dice en cuanto se acerca y miro y enseguida veo tres cruces pequeñas que brillan como el oro y al lado y, entre la tierra que levanto y las piedras, dos más rotas y con diamantes que son espejos al sol de la mañana y luego otra cruz más grande y una moneda y el cuerpo solo de un Cristo roto y le pregunto, al cogerlo:
- ¿Sabes tú lo que es esto?
Y la hermana:
- Es el tesoro que tanto soñamos y que esconde la tierra y bendice el cielo.
- ¿Pero un tesoro ahora y en estos momentos en que ya no somos dueños de nada y hasta nos amontonan y nos despojan y nos llevan a su antojo y nos rompen las sendas y los verdes huertos?
Y al coger la cruz y mirarla a ella, ya no la encuentro y mientras ahora muevo mi cabeza y miro despacio y, Dios mío...

Ahí están las ovejas, arrinconadas en su corral y junto los tornajos, llorando el abuelo y en la casa, llorando la abuela y la madre, ni se le ve aunque se le intuye ¿en qué rincón del mundo y con qué sueño bello? Y la niña y padre y el hermano, allá y sin espacio y sin tierra, olvidados y solos y en su silencio, mirando sorprendidos y esperando... ¿acaso esperan que acabe este sueño?

Y cuando me despierto ya en este día treinta del año viejo que se acaba, miro y veo, como ayer tarde, la

sierra sumida en su puro negro de las nubes que no se van y el rocío temblando en la hierba y el frío comiéndome los huesos y mi alma en su soledad intentando abrazarse a Ti y buscando consuelo y lo demás, como mudo y quieto y pasando lentamente con este caminar húmedo y profundo del puro invierno.